

# La temporalidad como objeto de malestar subjetivo durante la pandemia<sup>1</sup>

Cecilia Artigas, Francisca Daiber, Claudia Peña, José Ignacio Schilling

## Resumen

*Este trabajo reflexiona en torno al impacto que ha generado en los individuos la nueva temporalidad, impuesta a partir de la pandemia por Covid-19, y cómo el tiempo se ha convertido en un agente de malestar, afectando de manera desigual a distintos segmentos de la sociedad; alterando nuestra forma de comprender las relaciones sociales; y generando una importante incertidumbre en relación al futuro.*

**Palabras clave:** pandemia – temporalidad - malestar subjetivo - incertidumbre

## Introducción

La pandemia del SARS-CoV-2, virus conocido como Coronavirus, ha alterado profundamente la vida de los seres humanos. Este impacto se ha manifestado tanto en el ámbito económico, como en el laboral y el sociocultural.

Las nuevas normas dictaminadas por los gobiernos, relativas al confinamiento de las personas, han configurado una situación nueva, sin precedentes en nuestra historia. Hoy mediante el distanciamiento social, el aislamiento obligatorio y el encierro, debemos cuidarnos de contagiar o contagiarnos. Sin embargo, lo paradójico de esta situación es que, pese a esta “detención” o “interrupción” de la vida social –que ha significado también una drástica detención en la actividad económica– las exigencias propias del “paso del tiempo” en la sociedad neoliberal no han cesado. Al contrario, en casa todo se mantiene como si el mundo no se hubiese detenido, configurándose un espacio/tiempo de continuidad de lo productivo. El teletrabajo, las clases on-line, los servicios de reparto a domicilio y la digitalización de la atención y el esparcimiento, forman parte de los acontecimientos que siguen discurriendo, y con los que se intenta asegurar nuestra productividad.

Considerando este contexto, en este trabajo se propone una reflexión centrada en los cambios que se han verificado en la temporalidad a partir de la situación de pandemia en la que nos encontramos. Específicamente, nos preguntamos cómo el tiempo se ha convertido en agente de malestar y/o sufrimiento psíquico, considerando este malestar como una experiencia subjetiva generalizada, que, al igual que el virus, emerge como amenaza de muerte y fantasma de pérdida. Sin embargo, en una sociedad tan desigual como la nuestra, los efectos de este padecer, tanto como los del virus y la enfermedad misma, se distribuyen de manera disímil, razón por la cual puede deducirse que el sufrimiento provocado a partir de la alteración temporal no afectará a toda la población de la misma manera.

<sup>1</sup> Trabajo presentado en la Primera Jornada Interna ICHPA *Pensando la clínica online*, el 29 de mayo 2021.

Las múltiples formas de sufrimiento e impacto de esta nueva temporalidad tendrán modos de expresión y manifestación muy diferentes, dependiendo de la violencia con la que irrumpa esta nueva percepción del tiempo. Mientras que para algunas personas el tiempo se detiene desesperadamente, para otras se acelera, intensificando la sensación de agobio y cansancio; este es un tiempo que apremia y satura, y que, para muchos, se identifica como un tiempo de sobrevivencia.

En este contexto de pandemia, en el que el paso del tiempo cronológico no cesa ni podrá recuperarse, la temporalidad psíquica deviene en objeto de malestar cultural y subjetivo a la vez. El tiempo de la pandemia puede ser pensado como una temporalidad compartida por los sujetos, que no está adentro ni afuera, sino que está situada en la coexistencia, es decir, en ese espacio donde la violencia de lo real de este tiempo transcurre.

La temporalidad cronológica y lineal, así como el tiempo de la subjetividad, hoy se enmarcan en un espacio-tiempo trastocado. La tópica de un adentro-psíquico, no solo deviene lo interno subjetivo, sino también el adentro concreto del espacio/casa, de un espacio sin polis o sin espacio público.

El tiempo que transcurre afuera, el tiempo del virus, acontece justamente en un afuera, que remite a la realidad del espacio fuera de casa. Así, el espacio de lo público hoy queda restringido, y deviene desconocido y amenazante. Esto último, ha tenido como consecuencia que, para quienes han debido sostener sus trabajos fuera de casa, la exposición y amenaza adquieran otra figurabilidad.

Por el momento, es difícil vislumbrar los efectos que esta vivencia dejará en la sociedad. Seremos –y estamos siendo– testigos de estos nuevos modos de malestar subjetivo y de las consecuencias sociales y psíquicas que tiene el funcionamiento de los dispositivos electrónicos. Asimismo, observamos cómo estos últimos están influyendo sobre la conformación de vínculos y lazos sociales, lo que, posiblemente, tendrá consecuencias políticas importantes.

### **La experiencia subjetiva del tiempo en pandemia**

Desde inicios del siglo XIX, el sujeto moderno ha experimentado progresivamente una percepción de aceleración exigida del tiempo, asociada a la noción de progreso, que el capitalismo ha incorporado en la cultura, alterando los vínculos sociales al fomentar la cuantificación del tiempo con la introducción de nuevas tecnologías de producción. Es así como “los mayores niveles de industrialización y racionalización del trabajo introdujeron un nuevo agente de control social: el reloj, el que marcaba una nueva forma de producción” (Ruperthuz y Lévy, 2017, p. 126). De esta manera, el paso del tiempo pasó a ser un agente de control y ordenamiento de la vida social y productiva. Desde esta matriz ideológica epocal surge el dicho popular: “El tiempo es dinero”.

El paso del tiempo también regula la vida subjetiva y afectiva. En este sentido, se utiliza el término “alternancia”, para dar cuenta de los intervalos de tiempo que se aplican en la vida y que establecen un ritmo entre los distintos roles y actividades que un individuo ejerce. La alternancia posibilita la existencia de un ritmo y de una regularidad que marca un inicio y un final, y delimita los espacios ofreciendo sutiles –pero fundamentales– cortes a la continuidad.

La alternancia se ubica en los espacios de tránsito entre una actividad y otra, los que se constituyen como instancias fundamentales para el sostén de relaciones sociales, la experimentación del afecto y para la configuración del pensamiento. Así, por ejemplo, se produce alternancia en el tiempo de traslado entre un lugar y otro, en los periodos que pasamos en los parques, en los paseos, en las comidas, en la vida de los abrazos y besos y en el juego. La alternancia se perfila, de esta manera, como una posibilidad de ofrecer intervalos a la productividad. Asimismo, estas temporalidades se visualizan como culturalmente subversivas, en la medida que constituyen instancias placenteras de la vida cotidiana, ajenas, aunque sea parcialmente, a la lógica inmanente del capital y el intercambio de valías.

La continuidad de las actividades productivas durante la pandemia se ha dado sin que exista esta alternancia, ya que el confinamiento obligatorio no ha permitido que ocurra. Los avances tecnológicos han hecho posible que la escuela y el trabajo se introduzcan en el hogar, con lo que los ámbitos público y privado se han mezclado y confundido, eliminándose la debida diferenciación entre ellos. El domo pasó a configurarse, no sólo como un espacio de trabajo para sí, sino en un nuevo medio de producción en un sentido radical.

Así como la alternancia, los rituales constituyen un aspecto de la vida cotidiana que se ha diluido en el contexto de pandemia, y cuya imposibilidad ha alterado la percepción del tiempo. Los ritos son acciones simbólicas, tal y como plantea Byung-Chul Han (2020), que transmiten y representan aquellos valores que mantienen cohesionada a una comunidad, por lo que su ausencia altera la percepción simbólica del lazo social.

Pero la interrupción del tiempo cronológico-o de su percepción- durante la pandemia, tiene aún más complejidades que explorar. Una de las más importantes es que este fenómeno afecta de manera desigual a cada persona, según su contexto material y socioeconómico. La frase “Quédate en casa”, ha puesto en evidencia las profundas desigualdades que existen en Chile, ya que, mientras algunos pueden sobrevivir a la pandemia en sus hogares, trabajando y conectándose a clases en modalidad online, otros miles han perdido su fuente de trabajo, por lo que se han visto en la obligación de salir a las calles a buscar el sustento diario de cualquier manera. Es así, como esta pandemia ha develado las desigualdades socioeconómicas, así como también las dificultades y vacíos culturales que se han forjado durante años,

y que, en momentos de crisis, quedan al descubierto, sin posibilidad de ser negados o desmentidos. Opera así un develamiento y un recrudecimiento de las inequidades estructurales del sistema, contexto en el cual cabe preguntarse: ¿Qué pasa con el tiempo, que de algún modo se detiene, pero, a la vez, avanza aceleradamente?, ¿A qué malestar nos referimos cuando hacemos alusión a un tiempo de pandemia?

Uno de los aspectos fundamentales a considerar para el abordaje de estas interrogantes es la relación entre tiempo y espacio público, dentro de la cual lo social –entendido como vida compartida regida por convenciones específicas– es fundamental para regular y ordenar el tiempo. Al respecto, Janine Puget (2017) plantea que la vida diaria es sostenida en los acuerdos sociales y temporales, sobre los cuales transcurren las principales actividades productivas. En este sentido, la presencia de la alteridad siempre genera efectos sobre los sujetos, así como pensar y estar con otros modifica las propias concepciones y pensamientos. En este sentido, Puget (2017) es enfática en señalar que cuando se está con otros/as necesariamente nuestro mundo se altera, dado que la sola presencia física de los demás incide sobre nuestra subjetividad, estimulando nuevos pensamientos e ideas, que no habíamos desarrollado antes del contacto social.

Asimismo, esta autora puntualiza que para desarrollar la idea de ilusión de certeza que sostiene el mañana, los individuos debemos hacer un esfuerzo conjunto para obviar los aspectos vulnerables que denotan y evidencian la fragilidad del ser humano. La interrupción o detención de los procesos en el afuera, es decir, en la vida pública, nos deja en una situación que Puget describe de la siguiente manera: “Experiencia de *exceso* vivido como *descoloque* referido a los efectos de presencia de un otro ajeno, sea un sujeto o un evento, lo que tiene como consecuencia la producción de un estado de desestabilización de donde surgen reacomodamientos de límites y fronteras, y en el mejor de los casos, la producción de estados inéditos y creativos. Tiene como consecuencia la pérdida de referentes conocidos y la imposición de referentes arbitrarios (2002, p. 131).

En estrecha relación con lo planteado por Puget, Alexandra Kohan (2020) señala: “El mundo se detuvo y quedamos pedaleando en el aire” (p. 1). Es decir, quedamos sin el margen que nos sostiene y sin el ordenamiento que trae a la vida una rutina cotidiana, la que, en gran medida, brinda seguridad y previsibilidad a nuestra existencia. Lo que antes nos hacía levantarnos en la mañana cada día, ya no está más. La vida conocida, donde transitábamos por rutinas predecibles, se esfumó. Lo que ya no está es el tiempo productivo, predecible y seguro, según el cual organizábamos nuestra cotidianeidad. De este modo, durante la pandemia y bajo la experiencia del confinamiento, ha decaído el paradigma del tiempo cronológico, lo cual, en cierta medida, desplazó nuestro margen y los límites establecidos social y culturalmente.

Con este acontecimiento, el orden temporal establecido, pasado, presente, futuro, se ha dislocado, para dar paso a la incertidumbre.

En este escenario intentamos adaptarnos, seguir adelante rápidamente, reorganizando nuestros tiempos, ordenando horarios y tareas, e intentando reproducir la vida bajo el *crono*. Tratamos que los niños y niñas sigan en el colegio, rindiendo productivamente, que todo se tienda a mantener en movimiento, como si el mundo no se hubiese detenido, como si el tiempo en pandemia fuese el mismo que sin ella. Este afán, ha generado un abrumante malestar en los sujetos, quienes han debido hacer frente a un arduo trabajo, pero por partida doble: el trabajo productivo y el psíquico.

### **Develamiento del malestar**

En la actualidad, la detención y la aceleración simultáneas del tiempo han generado diferentes tipos de malestares subjetivos. Sin embargo, podemos observar que uno de los más recurrentes ha sido el que se asocia a la sensación de incertidumbre, que se siente al no contar con la posibilidad de construir certezas imaginarias de control del porvenir. Las rutinas se han detenido, y hemos sido atravesados por nuevas normas temporales, donde surge un nuevo ordenamiento, el que hasta hoy es incierto.

Este malestar nos conecta de golpe con la vulnerabilidad de la especie y la fragilidad del ser humano, generando miedo al descontrol, a la precarización y a la muerte. Asimismo, este fenómeno nos muestra que el modo de vivir centrado en la cultura del consumo, propio de las sociedades neoliberales, no es más que una respuesta ante el deseo de control y la real falta de éste que tenemos como especie. Es decir, se intenta llenar con cosas el vacío propio y la impotencia que tenemos respecto a la acción de la naturaleza.

Otro aspecto relevante asociado con el malestar, y que ha visibilizado la pandemia, es el individualismo que emerge con fuerza en situaciones extremas, y que se expresa en una alta competitividad y un desencuentro con los/as otros/as. En este contexto, los demás pueden llegar a ser nuestros enemigos, constituyéndose como amenazas o peligros de los cuales hay que protegerse. Subyace a esta percepción, la creencia de que para sobrevivir hay que distanciarse del otro. A partir de esa distancia, se configura una relación ilusoria con los demás, que se sostiene evitando el contacto físico y usando siempre mascarilla. Este distanciamiento social implica también un cese de los encuentros y de las exigencias colectivas, tales como pueden ser los deberes u obligaciones de participación social y comunitaria.

Asimismo, la pandemia ha evidenciado la complejidad que implica enfrentarse al mundo a partir de la incertidumbre, sin saber qué hacer, aspecto que constituye otra de las dimensiones del malestar. Al respecto, Déjours (2012) plantea que en “lo real” habría una paradoja, puesto que cuando

todo mi saber se estrella con la resistencia del mundo, es que me encuentro con la certeza dentro de lo real. Es decir, tolerar la realidad sería igual que tolerar el fracaso como develamiento de lo verdadero que se revela en mi encuentro con lo real: “Nunca a un niño se le enseña a caminar. Se lo sostiene de las manos, pero no se le explica nunca como tensar sus músculos, mover sus articulaciones. Encadenar sus movimientos. Debe descubrirlo sólo, y hacer, como nosotros, la experiencia de lo real (...) a fuerza de caídas y moretones, hasta que descubra o invente las soluciones para recobrar el equilibrio cuando se tambalea” (Déjours, 2012, p. 24).

Hacer experiencia de lo real implica caerse, fracasar, para ir en busca de la certeza. En el contexto actual, el ser humano se encuentra sin saber qué hacer, sin saber cómo enfrentarse a esto real y hacerlo experiencia, y sin alcanzar, por tanto, una certeza. Atravesar lo real sería confrontar la nueva modalidad de organización cotidiana de la vida en casa, desarrollando una especie de nueva inteligencia práctica, como una renovada forma de pensar y entrenar el cuerpo (Déjours, 2012).

Este no saber qué hacer al que se alude, se muestra especialmente complejo si se lo relaciona con la temporalidad. El tiempo, que, en apariencia, hoy abunda, y que está en total disponibilidad para que lo organicemos y administremos, ha devenido en una constante fuente de tensiones entre nuestro mundo interno y lo externo.

La vida se ha transformado en una actividad productiva interminable, en una continuidad carente de intervalos que posibiliten el pensar, orientando la vida diaria hacia una sobrevaloración de la productividad y rendimiento, como valores fundamentales de la cultura capitalista. Al respecto, Fisher (2016) plantea que el capitalismo es lo que queda en pie cuando las creencias colapsan en el nivel de elaboración ritual o simbólica, “dejando como resto solamente el consumidor - espectador que camina a tientas entre reliquias y ruinas” (p. 26).

Sobre este proceso de aceleración del tiempo han cumplido un rol importante las tecnologías asociadas a las comunicaciones, acentuando la inmediatez frenética de los ritmos de vida. Sostener este nuevo ritmo ha implicado el sometimiento de las personas a extenuantes exigencias de rendimiento en las distintas escenas sociales, lo que ha traído consecuencias tales como la fatiga, la ansiedad y la autoculpabilización cuando no se logra cumplir con las expectativas de rendimiento esperado por el individuo, como introyección de los valores impuestos por la cultura.

Pero, mientras para algunos el tiempo se acelera, para otros se detiene. Esto porque la crisis económica, consecuencia de la pandemia, ha dejado a una gran parte de la población, entre ellas, las que habitan las sociedades de América Latina, en una situación de extrema vulnerabilidad material.

En el contexto de estas nuevas formas de producción digital, millones de personas han sido marginadas, debiendo resolver su sobrevivencia por sus propios medios. Inmersos en la angustia de la cesantía, cada día parece igual a los otros, mientras el hambre y la incertidumbre crecen. El orden de la subsistencia, como consecuencia de la precarización socio-económica y simbólica, ataca la subjetividad en tanto des-historiza, sumiendo la vida en el puro presente de la urgencia, sin pausa, sin recuerdo y sin proyecto.

La desigualdad económica y social ha producido una nueva diferenciación: mientras que para algunos el reloj se acelera, para otros el tiempo parece haberse detenido en la incertidumbre y la pobreza.

Nos enfrentamos, por una parte, con la experiencia de un tiempo que producto de su aceleramiento genera un enorme malestar subjetivo y, por otro lado, a la experiencia de una detención de la vida, con un tiempo cronológico que transcurre incesantemente, dejando a una inmensa mayoría fuera de los márgenes del mercado y de la globalización.

La falta de espacio físico y social compartido ha ampliado la brecha entre aquellos que han logrado mantener sus márgenes de productividad y, por lo tanto, sus ingresos económicos, y quienes han quedado relegados al confinamiento en cesantía, y sin poder generar recursos.

Esta diferencia, aunque profunda y preocupante, en muchos sentidos es invisible. Esto porque cada grupo o segmento de la población hoy está habitando espacios diferenciados y aislados unos de los otros.

### **¿Del malestar a la creatividad?**

En la actualidad, habitamos la realidad social desde la incertidumbre, en tanto la pandemia ha producido –y está produciendo– diferentes situaciones que visibilizan la vulnerabilidad de los seres humanos y de nuestras formas de habitar el mundo.

Junto a la precarización de las condiciones de vida, tanto materiales como subjetivas, se develan la falta de relatos simbólicos y de una noción esperanzadora respecto al futuro, como fuentes de sufrimiento común

En relación con dicha vulnerabilidad, Puget (2002) plantea la existencia del Principio Inconsciente de Incertidumbre, el cual se manifestaría en lo consciente a través de la incerteza y la perplejidad. En relación con este, señala: “Hoy es posible detectar un tipo de sufrimiento ligado a lo impredecible y a sus vicisitudes que responden a una lógica de la complejidad. Estos planteamientos conducen a considerar la perplejidad como una manifestación consciente del principio de Incertidumbre” (Puget, 2002, p. 138).

De este modo, la perplejidad sería una manifestación del impacto y de la paralización que se produce ante una situación que puede caracterizarse

como catastrófica y novedosa a la vez. Sobre esto, la autora puntualiza que se debe aceptar que, a partir de una catástrofe, nada ni nadie volverá a ser como antes, ya que estas crisis generalmente producen un quiebre en el pacto social, y propician la emergencia de nuevos grupos y la circulación de ideas también nuevas.

El llamado Principio de Incertidumbre (Puget, 2002) sería un organizador de las incertezas, a la vez que implicaría el surgimiento de un tiempo otro. Este último se erigiría como una posible apertura temporal hacia el futuro, aunque incierta y angustiada: el tiempo del *Kayrós* (Puget, 2002), que sería este tiempo de perplejidad, en donde los sujetos quedamos ante una situación de interrupción absoluta de nuestro tiempo interno y externo. Este corte temporal nos situaría como observadores perplejos y en la necesidad de generar algún movimiento hacia el encuentro de un suceso o vivencia nueva que nos saque de la inmovilidad. Sin embargo, este escenario complejo e incierto podría aparecer como una oportunidad para nuestra creatividad. Es decir, la propia situación de dificultad podría estimular nuestra fuerza creativa colectiva, en un intento de subvertir este estado de perplejidad.

En este punto, podríamos ligar la perplejidad con aquello que en los escritos técnicos de Freud (1912-1915) aparece como la atemporalidad de lo inconsciente, referido precisamente a la fijación de los componentes pulsionales a escenas y fantasías que desdibujan la diferencia entre el antes y el después, cuestión que marcará la lógica formativa de los sueños, los síntomas, las elecciones de objeto, y, sin duda, la transferencia analítica.

Una manera de hacer frente a la incertidumbre –propia de lo inconsciente en tanto que tópica- y a esta posible atomización a la que nos expone el aislamiento físico, podría ser el esfuerzo por mantener los rituales simbólicos, que son aquellos que nos permiten reconocernos como parte de una cultura y que le otorgan un marco de estabilidad a nuestra existencia. Es decir, incluso en ausencia del tiempo del afuera (*chronos*), o más bien en el contexto de su interrupción, existiría una manera de sostener el tiempo del adentro, dada por la posibilidad de mantener el contacto social y ciertas rutinas, que posibilitan que nos sintamos como parte de un colectivo.

En la reanudación de los ritos está implícita la posibilidad de subvertir el individualismo, apelando a lo comunitario y a la restauración de los lazos sociales. En el encuentro con otros, tal como plantea Puget (2002), nuestro mundo interior cambia. Se comparte el sufrimiento y se elabora, a la vez que se construyen espacios en los que se da pie a la configuración de relatos de sentido respecto a la situación actual y, sobre todo, en relación al futuro que está por venir.

Estas posibilidades de generar nuevos relatos colectivos resultan vitales para fortalecer el mundo psíquico y sostener las esperanzas en un tiempo futuro



positivo, en el que esta situación pueda ser superada en alguna medida. Esta interacción social, también puede ayudar a visibilizar y situar nuevamente en lo público la desigualdad, dando a conocer la diversidad de situaciones que cada familia y sujeto ha debido enfrentar, las que actualmente se encuentran invisibilizadas en nuestros espacios cotidianos del encierro.

Asimismo, la recuperación de lo colectivo, además de la importancia simbólica y afectiva que puede llegar a tener, podría contribuir con la densificación de las redes interpersonales y territoriales, las que estimulan la solidaridad y la ayuda mutua, contribuyendo, muchas veces, con atenuar la angustia que ha generado la precarización de las condiciones materiales de vida, profundizada por la pandemia.

De esta manera, tanto la creatividad, como la restauración de los lazos interpersonales y de algunos ritos colectivos, emergen como prácticas que pueden contribuir con el alivio de la incertidumbre y el malestar desatados por el contexto actual.

### **Reflexiones finales**

En Chile, la pandemia ha venido a desnudar y profundizar las desigualdades estructurales del sistema neoliberal. Hoy, como nunca antes, los sujetos parecen del todo individualizados, pues el verso ideológico indica que necesitan exclusivamente de sus propias habilidades y capacidad para auto proveerse de lo necesario para vivir.

En los planos político y económico, a nivel global, la pandemia ha reconfigurado y acelerado algunos procesos que ya venían desarrollándose. Tal como lo plantea N. Klein (2020), actualmente se está gestando un futuro dominado por la asociación de los Estados con los gigantes tecnológicos, en lo que la periodista define como la “doctrina del shock pandémico” (Klein, 2020). Esta asociación implica un alto riesgo de destrucción de los actuales sistemas político y educacional. El control de nuestros datos, la escuela virtual, la telemedicina, el comercio sin efectivo e incluso, los nuevos gimnasios, forman parte de una propuesta “sin contacto y altamente rentable” (Klein, 2020).

La cuarentena se ha transformado en un laboratorio en vivo, que ha posibilitado la aceleración de esta distopia a partir de la pandemia. Según puntualiza Klein: “ahora en un contexto desgarrador de muerte masiva, se nos vende la dudosa promesa de que estas tecnologías son la única forma posible de proteger nuestras vidas contra la pandemia” (2020).

En este escenario, la concepción del futuro pasa de una ilusión esperanzadora a un tiempo-espacio sin porvenir. La palabra futurismo, tal y como

la plantea Fisher (2016), paradójicamente, ya no tiene ninguna conexión con el futuro mismo que la gente en realidad espera. Así, la sospecha de que el fin ha llegado se conecta con la idea de que, tal vez, el futuro no nos depare más que reiteraciones y permutaciones.

Así, pese a la desigualdad y las profundas diferencias de clase, como seres humanos compartimos la precarización de las condiciones generales de vida (materiales, psíquicas, afectivas), junto con la falta de relatos esperanzadores y de horizonte de futuro.

Este contexto extremo pone a prueba nuestra fuerza creadora, y nos sitúa en un escenario lleno de desafíos. En esta incertidumbre que nos aqueja como sociedad, la única certeza posible es que ya nada será como antes. En ese sentido, la crisis-catástrofe provocada por la pandemia nos sitúa ante una nueva realidad, que conlleva habitar nuevos tiempos, nuevos espacios y nuevos encuentros con el otro y con uno mismo. Vivimos un duelo por la pérdida de aquello que generaba la ilusión de seguridad, aquello cotidiano que ya no está.

Esta temporalidad otra, donde el tiempo transita en la aceleración y detención, nos lleva a pensar en el aburrimiento, en ese estado de desgano en el que nos vemos imposibilitados de hacer lo habitual, en el que irrumpe un “no saber qué hacer con el tiempo detenido”; o, en este caso, un “no saber qué hacer con la falta de tiempo”, con esa aceleración que imposibilita el detenimiento, y que hace emerger la sensación de estar inmersos en una rutina agotadora que se repite sin fin. Una rutina que no genera asombro alguno, sino que, más bien, la sensación de monotonía y de estar inmersos en una repetición sin alteración de la que no se puede huir, ya que estamos atados a ella por la obligación de producir.

No obstante, el aburrimiento también puede representar una oportunidad de apertura al pensamiento y, por tanto, un espacio para crear, pues justamente los momentos de aburrimiento son aquellos en los que el sujeto puede encontrarse con sus propios pensamientos, recuerdos, fantasmática y temores, y que pueden conducir a procesos de creación y elaboración. Siguiendo a Puget (2017), en el aburrimiento se pueden generar las condiciones propicias para crear y para reflexionar en torno a un porvenir que, si bien angustia e, incluso, aterra, también abre la puerta a la ilusión de no repetir aquello que como sociedad nos satura y aliena.

En esta coyuntura, es necesario y urgente que nos preguntemos por las posibilidades de generar relatos y ritos que nos permitan subjetivar y simbolizar la vida desde lo colectivo, para aliviar, aunque sea parcialmente, el malestar que nos aqueja, e imaginar nuevas formas de habitar y circular en el mundo.

## Referencias

---

**Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires** (2020) Ateneo Científico, Videoconferencia, “Mundos superpuestos hoy”.

Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=iHm0iMwX8bI&t=771s> Última consulta el 26 de julio de 2020

**Dejours, Ch.** (2012) Trabajo vivo, sexualidad y Trabajo. Tomo I. Buenos Aires: Editorial Topia.

**Fisher, M.** (2016) Realismo Capitalista. Buenos Aires: Caja Negra Editores.

**Han, B. Ch.** (2020) La desaparición de los rituales. Barcelona: Herder.

**Kohan, A.** (2020) “El mundo se detuvo y quedamos pedaleando en el aire”. Revista Mate. Disponible en: <https://www.revistamate.com.ar/2020/03/alexandra-kohan-el-mundo-nos-silencio-a-nosotros-el-mundo-se-detuvo-y-nosotros-que-damos-pedaleando-en-el-aire/?fbclid=IwAR2luZmfSmJo0QvwG36M4n1vOc9xohETC-wKuLLMMDJ59css8NYHt-Oq9Pg> Última consulta el 26 de julio de 2020.

**Klein, N.** (2020) “Screen New Deal Under Cover of Mass Death, Andrew Cuomo Calls in the Billionaires to Build a High-Tech Dystopia”. The Intercept. Disponible en: <https://theintercept.com/2020/05/08/andrew-cuomo-eric-schmidt-coronavirus-tech-shock-doctrine> Última consulta el 26 de julio de 2020.

**Puget, J.** (2002) “Qué difícil es pensar. Incertidumbre y perplejidad”. En Revista Psicoanálisis de Buenos Aires, Dolor Social, p. 129-146. Disponible en: <https://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2019/02/puget.pdf> Última consulta el 26 de julio de 2020.

\_\_ (2017) Apuntes de Seminario. II Jornada de Actualización en Psicoanálisis de Pareja y Familia. Equipo de Psicoanálisis Vincular. Sociedad Chilena de Psicoanálisis ICHPA. 13 de mayo de 2017, Santiago de Chile.

**Rupertuz y M, Lévy, S.** (2017) “Triunfar ante la vida relámpago”: Saberes psi en clave de autoayuda en Chile y España (1940’s). Psicoperspectivas, 16(3), p. 121-136. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol16-issue3-fulltext-103>